



Foto: Daniel Mendelsohn

## William Ospina

Nació en Padua, departamento del Tolima (Colombia), en 1954. Estudió derecho y ciencias políticas en Cali, pero abandonó la carrera para dedicarse a la literatura y al periodismo. Vivió en Europa entre 1979 y 1981, y desde su regreso vive en Bogotá. En 1982 obtuvo el Premio nacional de Poesía del Instituto Colombiano de Cultura. Ha publicado varios libros de ensayos, entre ellos *Aurelio Arturo*, 1991; *Es tarde para el hombre*, 1994; *Esos extraños prófugos de Occidente*, 1994; *Los dones y los méritos*, 1995; *Un álgebra embrujada*, 1996; *¿Dónde está la franja amarilla?*, 1997; y *Las auroras de sangre*, 1999. También ha publicado cuatro libros de poesía (*Hilo de arena*, 1986; *La luna del dragón*, 1992; *El país del viento*, 1992; *¿Con quién habla Virginia caminando hacia el agua?*, 1995). También es socio fundador de revista *Número*. En 2005 publicó *Ursúa*, su primera novela, que inaugura una trilogía sobre la Conquista de América y el hallazgo del río Amazonas.

Ospina, William, 1954-

La escuela de la noche / William Ospina. -- Bogotá :  
Grupo Editorial Norma, 2008.

208 p. ; 23 cm. -- (Colección documentos)

ISBN 978-958-45-0836-2

1. Ensayos colombianos 2. Poesía - Ensayos 3. Novela -  
Ensayos 4. Educación - Historia - Ensayos I. Tít. II. Serie.

Co864.6 cd 21 ed.

A1154811

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

© William Ospina, 2008

© Primera edición: Editorial Norma, S.A., abril de 2008

Avenida El Dorado # 90-10, Bogotá, Colombia

Diseño de cubierta: María Clar Salazar

Imagen de cubierta: Corbis

Armada: Blanca Villalba P.

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Impreso por: Cargraphics S.A.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio  
sin autorización escrita de la editorial.

Este libro se compuso en caracteres Adobe Garamond

CC 26000380

ISBN 978-958-45-0836-2

## La infancia, la muerte y la belleza

La época más bella de mi infancia transcurrió en un pueblo de las montañas en tiempos de violencia y de sangre. Todos los días los niños oíamos vagas historias de crímenes que se cometían, porque aunque los adultos procuraban impedir que viéramos escenas horribles, no podían dejar de hablar de ellas, y los niños lo escuchan todo. Digo sin embargo que aquella fue la época más bella porque yo pasaba los días esperando al atardecer. Y a la hora en que caían las sombras, hora que en las violentas montañas podía ser la más temible, entraba con mis hermanos a una casa vecina, a disfrutar de un tesoro que se quedó conmigo. Don Ruperto Beltrán, el hombre más viejo del vecindario, parecía conocer todos los cuentos del mundo y nunca se cansaba de contarlos. Muchos cuentos que después encontré en libros de los hermanos Grimm, en Andersen, en *Las Mil y una noches*, los oí por primera vez en aquellas vigili-  
as que ahora me parecen iluminadas sólo por los prodigios

que prodigaba esa voz vigorosa y traviesa. Pero de todos los cuentos que oí de sus labios, el que más nos gustaba no lo encontré nunca en ningún libro. Se llamaba "Ángel Bello". Años después, tratando de recordar aquel largo relato de hechos fantásticos, y mucho tiempo después de haber perdido los rastros del anciano, yo interrogaba en vano a mis hermanos mayores, que escucharon conmigo la historia, para ver si lograba recuperar algo de su trama. Otros cuentos seguían en la memoria, aquel se había borrado, y apenas nos quedaba el recuerdo de una historia mágica, borrosos personajes perdidos en una red de aventuras en cuyo centro había un ángel, o así nos parecía, influidos tal vez por el nombre del cuento. Tan grande se volvió para mí la necesidad de esa historia, que un día, ya crecido, intenté reinventarla apelando sólo al recuerdo de su clima maravilloso: esperaba escribir un cuento de unas diez o doce páginas, y al cabo de ocho meses estaba terminando un libro de cuatrocientas, que escondí después, porque aquello no era literatura, sino apenas un vago consuelo por la infancia perdida.

Ningún recuerdo de esos tiempos tuvo tal vez tanta influencia en mi vida. Recuerdo episodios más nítidos, pero ninguno me ayudó más a vivir ni marcó tanto mi imaginación. Hoy pienso que ni siquiera los libros habrían obrado sobre mí un efecto semejante, porque todo niño necesita aprender a vivir los relatos, y para eso no bastan cartillas ni lecciones. Uno sólo sabe leer cuando sabe leer un cuento en voz alta, y para ello es necesario haber oído cómo se cuentan los cuentos. Pues hay un milagro de la voz, que logra con lo escrito la misma magia que obran los músicos con las partituras, darles vida en los corazones a unos signos detenidos sobre el papel.

La voz y  
la escritura

La primera experiencia con la literatura sólo puede ser una voz que haga vivir las historias, y es muy difícil que alguien llegue a entender y a disfrutar los relatos si no ha tenido primero el placer de escucharlos.

Ahora se piensa que los niños deben leer libros escritos para niños. Por suerte, cuando yo era niño, nadie alrededor tenía teorías sobre la literatura, y los primeros libros que leí son los que pude encontrar, o mejor aún, los que encontré sin buscarlos siquiera. Debería decir que fueron ellos los que me encontraron a mí. Leí primero una obra que muy pocos adultos me habrían recomendado: la *Odisea* de Homero. Pasaron años antes de enterarme que esos dibujos limpios, armoniosos y tenuemente mágicos con los que me familiaricé a los diez años eran las ilustraciones románticas de Flexman; pasaron años antes de aprender que ese libro era un venerable clásico de la literatura. Fue mi segundo tesoro personal, después de los cuentos del viejo Beltrán. Me hablaba de historias del mar, había en él sirenas y hechiceras, había una criatura con un solo ojo en mitad de la frente, dioses empeñados en hacer naufragar a unos marinos, una mujer que tejía sin fin esperando a su esposo perdido, un hijo que se iba a viajar por los mares en busca del padre que tardaba en volver de la guerra, una diosa con “ojos de lechuza”, una dama que tenía “ojos de ternera”, un héroe astuto y malicioso, unos palacios a orillas del mar.

Cualquiera de esas cosas es capaz de fascinar a un niño, y desde entonces siempre pensé que la *Odisea* era un libro muy recomendable para niños. Puedo confesar también que no sólo me encantaron las aventuras de los viajeros, el momento en que unos hombres son

horriblemente transformados en cerdos, el momento en que el héroe desciende al país de los muertos, o el momento que pasa amarrado a un mástil entre las sirenas que cantan, también me agradaban esos dioses que se disfrazaban para aparecerse ante los hombres, y hasta el tono en que hablaban por igual humanos y dioses.

También fue afortunado que nadie viniera a enseñarme la importancia del libro que había leído. Pude correr el riesgo de convertir aquel azar en una norma, y ser sometido a la tarea odiosa de leer clásicos por obligación, con consecuencias inevitablemente nefastas. Como yo no sabía que había leído un libro importante y sólo sabía que había disfrutado de una historia extrañísima, en los años posteriores pude dedicarme a las historietas con la misma pasión, o si se quiere con la misma inocencia. Ahora pienso que hay que dejar que los libros encuentren a los lectores. Ello tal vez significa que un buen maestro o un buen benefactor puede deslizarlos en el camino de los posibles lectores sin convertirlos en absoluto en una imposición. Más adelante llegará la hora en que la tentación o el soborno de saber que un libro es importante pueda cumplir su función en nosotros. Más adelante, incluso, hasta la actualidad de los libros puede representar un atractivo. Pero a nadie se le ocurriría recomendarle a un niño un libro por la peregrina razón de que acaba de ser escrito, habiendo tantos libros hechos hace siglos y llenos de noticias completamente actuales.

Pero sí es una pregunta importante cómo lograr que los libros y los niños se encuentren. Mi método ideal es la seducción y no la imposición. Fue para mí tan grave que me obligaran a leer *El Quijote* cuando

tenía quince años, que pasé mucho tiempo antes de que perdiera una mezcla de desaliento y fastidio ante él. En cambio siempre me pareció ingenioso el recurso del padre de Emily Dickinson, quien le regalaba libros a su hija recomendándole que no los leyera para que no perturbaran su espíritu. Ella, por supuesto, los devoraba. A los muchachos les gusta hacer aquello que no les recomiendan, e incluso, muchas veces, por ley de su necesaria curiosidad, se sienten inclinados a probar aquello que se les prohíbe. No tenemos por qué ser mejores que Adán, nuestro padre común.

Una vez le regalé a mi hermano Juan Carlos, que tendría unos trece años, las obras de Edgar Allan Poe, pero temeroso de que algunos de esos cuentos de horror lo perturbaran le recomendé que sólo leyera "El escarabajo de oro", un relato de aventura y de ingenio pero no de horror. Pronto descubrí que lo primero que leyó fue "El gato negro", "El doble asesinato de la rue Morgue", y tal vez esa cosa terrible que se llama "La barrica de amontillado". Y después recordé que yo había hecho lo mismo.

Es natural que los jóvenes sientan cierta resistencia a la lectura. El acto mismo de leer supone ciertas dificultades: un esfuerzo de concentración, un esfuerzo de inmovilidad, la renuncia provisional a otras tentaciones, una mínima disciplina mental, una actividad de cooperación creadora con el que lo ha escrito y, como bien dijo Coleridge, una suspensión voluntaria de la incredulidad. Leer no puede ser simplemente una sana disciplina y una costumbre razonable. Los mejores lectores, suelen ser menos apolíneos y menos razonables: para ellos la lectura casi siempre ha llegado a configurar una especie

(6)

Pero  
-Amor!

de vicio. Quiero decir que para llegar a ser un buen lector hay que haber sido hechizado por las palabras. Borges decía que los poemas de Almafuerte le revelaron que la poesía podía ser una magia, una pasión y una música. Sólo se inclina asiduamente sobre los libros el que ha padecido su embrujo, el que se deja arrastrar por la curiosidad, el que siente en la música de las palabras el poder de un conjuro.

*dejar la de verba dicere*

Mi amigo Patrick Mandrilly, quien era director de la Alianza Francesa, dijo una vez un breve discurso ante un grupo de jóvenes que habían participado en un certamen de cuentos fantásticos para un día de brujas: "Yo no he venido a decirles que la literatura es muy importante, aunque se los estoy diciendo; yo no he venido a agradecerles por haber participado en este evento, aunque lo estoy haciendo; yo no he venido a felicitarlos por las historias que ustedes han inventado, aunque los estoy felicitando. Yo sólo he venido a decirles: Abracadabra, pata de cabra". Ese me pareció un gran discurso, decía lo que tenía que decir, pero declaraba que ese deber era secundario, y después proclamó que lo más importante es a la vez lo divertido y lo incomprensible. No hay que leer libros aburridos, no hay que leer libros que pesen más de lo que podemos sostener, es necesario que todo el trabajo no nos toque a nosotros: también el autor tiene que hacer un poco de esfuerzo; porque todo libro tiene que ayudarse a leer; y su historia tiene que ser más fuerte que nosotros.

¿Qué es lo que nos atrapa de la literatura? Yo diría que el relato, la narración, es el hilo del discurso agravado por la tensión emocional, por una curiosidad ante la sucesión de los hechos y una ansiedad de revelaciones.

El alma de un relato es la intriga, el alma de una argumentación es la inteligencia, el alma de un poema es la magia musical del lenguaje. En todos los idiomas cierta combinación de sentidos y sonidos produce un efecto, a veces incluso opresivo, sobre la memoria. Borges decía que no podía quitarse de la memoria.

*La princesa está triste, ¿qué tendrá la princesa?  
Los suspiros se escapan de su boca de fresa  
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.*

Y es que cuando el efecto musical no acompaña un sentido maravilloso o revelador, las consecuencias de esa sonoridad terminan siendo más bien ingratas. En cambio nunca nos cansamos de repetir una frase que es a la vez mágica y reveladora. \*

La humanidad oscila siempre entre lo oral y lo escrito. Los mayores maestros de la historia fueron siempre maestros orales, y no sólo los de hace milenios, como Buda, Sócrates, y Cristo, sino los de nuestra época, como Borges o Krishnamurti. A mí me parece advertir que los grandes sabios siempre les hablan a los seres humanos como a niños. Esa manera de Cristo de hablar con parábolas tiene un cierto toque infantil. La gente se arremolina alrededor de su barca, a la orilla del mar, y él rompe a hablar: "He aquí que salió un sembrador a sembrar, y al sembrar él, parte de la semilla cayó junto al camino, vinieron las aves y se la comieron. Otra parte cayó en pedregal, donde no había mucha tierra, y en seguida brotó, por ser la tierra poco profunda, mas al salir el sol la agostó y, por no tener raíz, se secó. Otra parte cayó entre cardos, crecieron estos y la ahogaron. Pero otra

*“Y que todos los días en que no hayamos danzado por lo menos una vez, se pierdan para nosotros; y que nos parezca falsa toda verdad que no traiga consigo cuando menos una alegría”.*

F. NIETZSCHE